

para provocarlo. Estas comprobaciones anecdóticas son «rayas de lápiz al margen de los libros» que, sin embargo, tienen mayor significado que las que Alfonso Reyes les concede. La tersura narrativa de la exposición, el ensayo «poético» de acercamiento requieren sólo claras alusiones que por el camino del «rumbo a Goethe» reaparecen con otro acento y cobran así la transparencia que rodea el retrato del Goethe dibujado por Alfonso Reyes. En Eckermann echa de menos «ese momentáneo despego que el pintor emplea para apreciar como con ojos extraños el cuadro en marcha». El diálogo de Alfonso Reyes con las fuentes crea esa distancia desde la que se divisa un Goethe humorista, un Goethe consciente de su *status* social, un Goethe que prepara su posteridad, es decir, un Goethe que domina la «retórica del dios terrenal».

Con todo, ese dios terrenal —«dios de Weimar» lo llama Alfonso Reyes— no es divino, no es olímpico. «Goethe es un ejemplo exaltado de lo que a todos nos pasa, y nada más. Nada se le ha mermado por eso, ni ha equivocado su camino». Con la frase final se refiere Reyes una vez más a Ortega y Gasset, cumbre de los falsificadores de Goethe, a los que alude en la primera parte de la afirmación, esto es, la cumbre contraria de los beatos del «olimpismo». El Goethe de cerca de Alfonso Reyes sólo se percibe cuando se lo ve sin prejuicios. La fenomenografía exige deslindes, que son rectificaciones. A la absoluta serenidad que se le adjudica contrapone Reyes el cuadro desgarrador del Goethe anciano, solitario, abrumado por «las riñas domésticas, la ingratitud y la crueldad» de su primogénito «el imbécil Augusto», como lo llamó el Canciller von Müller. Es el Goethe que a los setenta y cinco años confiesa a Eckermann: «Habría habido cuatro semanas de dicha en toda mi existencia». La intensidad melancólica de esta «vida dolorosa» la traduce Alfonso Reyes a estas líneas de Rubén:

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra, porque ésta ya no siente.

El Goethe que en su vida más sufrió que gozó, que tras cada desilusión y penuria amorosas caía enfermo y que sin embargo venció con el espíritu sobre la carne y el destino, que superó *Lo fatal*, es el Goethe real, el que ocultan las imágenes tópicas del Consejero olímpico; es el Goethe de quien cabe decir lo que dijo de sí el divino Rubén en el primer poema de *Cantos de vida y esperanza*

Se juzgó mármol y era carne viva

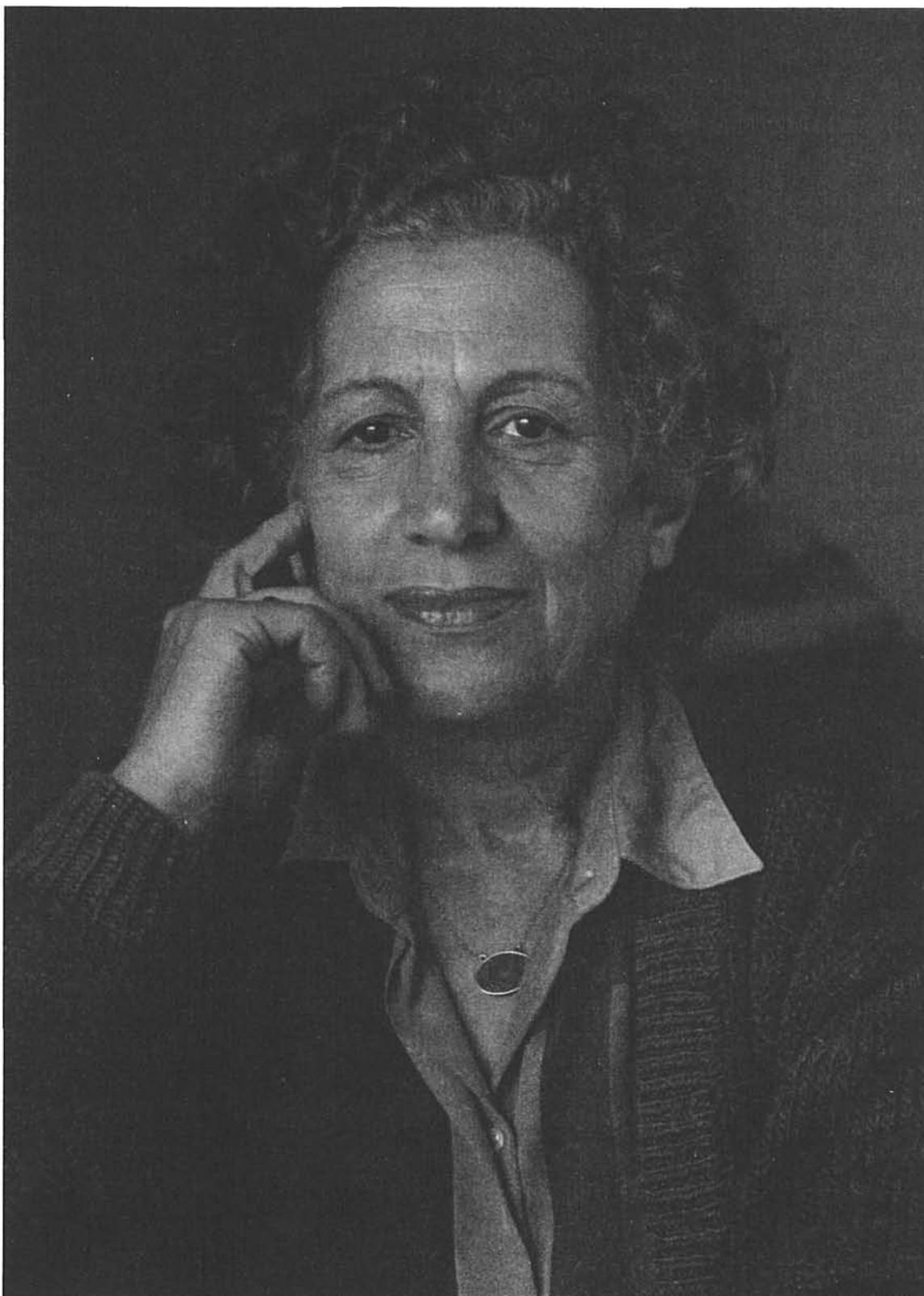
Con esta cita, Reyes rectifica, pero no baja a Goethe de su pedestal. El mármol de su estatua es la expresión de su humanismo, su variada obra: la del botánico, la del físico, la del político u hombre de acción (su participación en la batalla de Valmy, por ejemplo), que Reyes interpreta y en ocasiones salva de pertinaces prejuicios como el del Goethe reaccionario y antisocial. En este último pone Reyes un acento que delata el sentido de su identificación con el faro. Ya no es esa «simpatía» con la que Reyes parece hacer suya la situación de Goethe ante los acosos de la tumultuosa Bettina von Arnim. El recuento de los actos de socorro que dio Goethe a quienes le pidieron ayuda, de sus opiniones sobre la justicia social, de su crítica a «los de arriba», es una prueba de su solidaridad social, que Reyes resume con las últimas palabras que el anciano de Weimar escribió en el álbum del joven Achim von Arnim: «Cuando cada vecino barra el frente de su casa, todos los barrios de la ciudad estarán limpios». En el lenguaje de Reyes, esta ilustración metafórica de la solidaridad social reza: «entre todos lo haremos todo».

Este lema de las publicaciones de su archivo ya no es sólo de inspiración goethiana. Es el lema del mexicano universal, quien diagnosticó la capacidad de la inteligencia americana de crear «síntesis» de la cultura europea, es decir, puntos de partida y de vista que son nuevos y responden así a la promesa y a las esperanzas que acompañaron el descubrimiento del Nuevo Mundo, que nutren la utopía de América. En esa síntesis de Alfonso Reyes confluyen Goethe y la Grecia clásica, Mallarmé y el barroco español, Manuel José Othón y su México de *La X en la frente*, Rubén Darío y Chesterton, y la enumeración de sus afluentes basta para asegurar que Reyes realizó hasta donde es posible el postulado goethiano de la «literatura universal». Esta ampliación del horizonte intelectual que presupone la virtud de entender, de esquivar «el bajo placer de desdeñar sin conocer», implica una ética concreta, una ética de la utopía. El derrumbamiento de las utopías pervertidas por la burocracia no afecta la utopía que presidió la tarea poética y apasionada que Alfonso Reyes cumplió para América. En 1932 concluyó Reyes su ensayo *Rumbo a Goethe* con esta exhortación a propósito de la «crisis americana» de entonces: «La América que esperamos, cuando brote de cada uno, habrá brotado al mismo tiempo de todos. La cooperación no nos da el alma: ésta sólo podemos criarla nosotros. Si una ley de la sociedad nos pone en situación de ser más felices o más fuertes, tanto mejor; pero lo primero es que nuestra propia ley individual suba de quilates». La sarcástica casualidad quiere que en la segunda conmemoración de Goethe en este siglo, la «crisis americana» haya llegado a la cumbre anormal de una endemia que «se

presenta en toda su nitidez, sin disfraces de gratuita, o casual, o pasajera prosperidad económica que cada vez nos engañan menos» ... en la que «no sólo hay dolor, sino una excesiva sed de dolor y casi un culto, lo cual seguramente no crea las razas mejores». Ese culto y sed de dolor, transformado por los dictadores militares en sed y culto de sangre, es flujo de esa semimodernidad que Reyes describió como coexistencia de fuertes residuos coloniales y torpe y retrasado progreso institucional. La imagen del Goethe nutrido por el «Espíritu de la Tierra» es una invitación que hace Reyes a superar ese flujo, esto es, la «semisecularización». La promesa de que sólo en el cielo se llega a la plena felicidad degenera en un providencialismo de Cenicienta y aprovecha el viaje sobre la tierra para desencadenar la camaleónica sed de sangre, la envidia y sus ropajes, como el dogmatismo. A lo largo de su *Rumbo a Goethe* y su *Trayectoria de Goethe*, el poeta Alfonso Reyes dibujó un Goethe de cerca «desde el otro cabo de la civilización» y para América, y llenó una laguna, la que dejó el horror al paganismo, que ornó con el jardín de Goethe.

Con la «afición de Grecia» y la ejemplaridad especular de Goethe, Alfonso Reyes exhorta a los americanos a que se acojan a Anteo, a que la utopía sea un diario proyecto de «ganar las patrias, de conquistarlas», a que destrocen, por fin, el telón falsamente religioso tras el que se esconden con su fanatismo y sed de sangre.

Los doscientos cincuenta años del nacimiento de Goethe son una ocasión más para recordar que el rey mexicano de la prosa de lengua española no cesa, después de muerto, de ser el faro que, como su Goethe, indica el rumbo del ideal, que por ser sarcástico suele echarse al malicioso olvido.



Griselda Gambaro. Foto de Lucas Distéfano.